

FERNANDO ESTEBAN LOZADA

Textos rebeldes

El sentido común es el modo de pensar y proceder tal como lo haría la generalidad de las personas, por lo tanto puede usarse como una herramienta para el autoritarismo de lo popular. Su utilización como recurso de validación del saber no es el camino hacia la búsqueda del conocimiento, sino que es una invitación a la pereza intelectual, a pensar colectivamente, o dicho de otra manera a no tener generación propia de ideas, ni agudeza suficiente para evaluar las ajenas.

Cuando fundamentamos desde el sentido común estamos diciendo que algo es de determinada manera porque un sentimiento vulgar así lo dicta, extrañamente este criterio de legitimación de argumentos se utiliza para indicar que lo que se está afirmando es obviamente lógico. La lógica y las sensaciones son de dominios diferentes y no se influyen entre sí. El sentido común como autoridad intelectual nos llevó a paradigmas y supuestos totalmente erróneos a lo

largo de la historia, por aplicación del mismo nadie dudaba de que la tierra era plana, de que éramos el centro del universo, que el hombre surgió del barro y la mujer de su costilla, que existe un dios creador o de que debía haber esclavos. La multitud no tiene razón por el hecho de ser numerosa, hace falta otro criterio para validar una determinada posición. Aceptar que lo que la mayoría cree es siempre correcto nos ha llevado al estancamiento intelectual.

La moral tabú y los prejuicios suelen ser de sentido común, al menos es lo que cree el que los posee. La ética basada en verdades populares atávicas nos lleva a un comportamiento autómatas, sumiso y anacrónico, claramente perjudicial para nosotros mismos y nuestro entorno.

Abandonemos el sentido común

El pensamiento crítico racional es el antagonista del sentido común, esto nos lleva a deducir que, saber cuándo abandonar el sentido común por haberse transformado en obsoleto, es el primer paso para erradicar el pensamiento dogmático.

Es necesario para empezar un diálogo establecer un lenguaje común, es por ello que este texto comienza con algunas definiciones, las cuales tienen un enfoque personal y por lo tanto no son estrictamente enciclopédicas o académicas.

Las propiedades que se le atribuyen a dios en nuestra cultura son las de ser creador del universo, omnipotente, omnipresente y omnisciente. Es decir la máxima expresión del autoritarismo universal. Esta concepción no deja espacio para el desarrollo humano, nos volvemos insignificantes y despreciables frente a semejante grandiosidad. Si existiera estaríamos en presencia de una entidad infalible, a la cual le deberíamos obediencia sin cuestionamiento, sumisión de esclavo. Tendríamos que considerarnos tan defectuosos, tan imperfectos, banales y frágiles frente a dios que no nos quedaría más alternativa, que aceptar su plan divino, ¡que insensatos seríamos al oponernos!, aunque en su magnificencia nos permitiría elegir “libremente” el camino de la perdición eterna, el ateísmo.

El ateo es una persona que no cree en la existencia de dios, o mejor dicho niega el concepto de divinidad por ser autoritario, se resiste a aceptar algo que en sí mismo se lo categoriza de indefinible e inefable. Si se niega la existencia de dios, pero se conserva el esqueleto de la doctrina religiosa en la estructura del pensamiento, se ha cambiado muy poco en realidad.

Cuando se sigue necesitando el dogma para vivir, a pesar de negar a dios, es decir que se abandono un autoritarismo para generar un nuevo sistema director arbitrario (neodioses) al cual se le debe subordinación, se es un ateo dogmático. omnibenevolente,

Definiéndonos brevemente

El ateísmo adogmático a diferencia de las religiones o cualquier otra estructura mística, no tiene doctrina, es libre de criticar y criticarse. El ateo, que forma parte de esta corriente, destruye y construye continuamente su sistema de valores o creencias, en el caso del ateo humanista, tratando de conciliar el beneficio propio con el bien común.

La religión es el conjunto de creencias basadas en la fe, generalmente referidas a uno o más dioses, impulsa sentimientos de veneración y temor, suele exigir la práctica de rituales, oración y sacrificio. De lo expuesto podemos inferir que así como el silencio no es otra forma de sonido, el ateísmo adogmático vive libre del ruido místico, no es otra forma de religión, sino una postura crítica, escéptica y expectante, con múltiples matices.

El pensamiento crítico es la herramienta fundamental del adogmático, se basa en un escepticismo activo, dudar en primera instancia, para luego buscar los fundamentos que validen o refuten lo puesto en tela de juicio. Quedarse en la duda solamente, en la desconfianza frente a nuevos conocimientos, termina siendo prejuicioso y probablemente manifestación de un dogma atávico.

El espíritu puede considerarse como el conjunto de elementos no tangibles que componen a un individuo y que nos permiten reconocerlo como tal, como la sensibilidad, el sistema de creencias, los valores, el conocimiento, los sentimientos y las pasiones. Un ateo humanista es un ser profundamente espiritual en este sentido.

La creencia es la aceptación de algo sin tener certeza absoluta. Prácticamente no tenemos certeza de casi nada, salvo del conocimiento que proviene de las ciencias formales En el mundo fáctico aceptamos muchas cosas como válidas por practicidad.

Un sistema de creencias es un conjunto de “verdades” que influye en nuestra conducta, nos permite actuar en la mayoría de los casos espontáneamente y en otros pocos de manera conciente. La efectividad de nuestras acciones dependerá de qué tanto se ajuste el sistema a la realidad.

Se pueden clasificar las creencias en muchas diferentes categorías, elegiré utilizar dos grandes grupos, el de las fundadas y el de las no-fundadas. El primero tiene bases objetivas y racionales o proviene de una estadística imparcial, lo que se cree tiene sustento en una explicación lógica, habitualmente es así como las cosas ocurren o son, con independencia del que cree. Las no-fundadas son absolutamente subjetivas, no necesariamente tienen correlato con la realidad, se sostienen de emociones y deseos.

Los ateos, al igual que el resto de los mortales, poseemos ambos tipos de creencias, pero si se es racionalista las decisiones conscientes se basarán preferentemente en las creencias fundadas, aunque en muchas circunstancias no se cuente con la información necesaria y se recurra a las no-fundadas. Un ateo adogmático no rechaza las creencias del tipo subjetivo, por el contrario las valora, siempre comprendiendo que ellas sólo tienen algún grado de validez en su propia subjetividad.

Creencias en el ateísmo

Sentir que somos amados por quien amamos, nos hace creer que somos correspondidos, pero eso es improbable, además de la dificultad implícita de definir el amor, lo que estamos sintiendo no necesariamente condice con la realidad, pero nos sirve para convivir en pareja.

Ningún adogmático pretendería transformar sus creencias no-fundadas en verdades universales, ni trataría de imponerlas, porque las circunscribe al dominio de su campo emocional.

Discutir si las creencias subjetivas de una persona son más válidas que las de otra, es estéril e irracional. La discusión que puede tener sentido es la de si determinada creencia es fundada o no y cuáles son sus límites.

En este punto es inevitable el planteo de si el ateísmo es una creencia y en el caso de serlo si es fundada o no-fundada. Bajo mi punto de vista el ateísmo es una creencia del tipo fundada. No es la creencia en la inexistencia de dios, sino la creencia en que el concepto “dios” es una construcción ideológicamente autoritaria e irracional. No podemos decir que creemos que no existe algo que se afirma que no se puede definir ni comprender, pero si podemos creer, con fundamento, que lo que se nos quiere imponer no tiene más sustento que la subjetividad irracional del individuo que siente su existencia.

La culpa y el miedo son un matrimonio detractor del progreso de la humanidad, acompañan al hombre desde hace siglos y lo conducen por caminos sin salida. Si bien podrían ser tomados como características de una doctrina religiosa, han adquirido tanta fuerza en sí mismos que optaré por considerarlos dos dioses en uno, valga el misterio. Esta dualidad es digna de ser temida.

Manejar la culpa y administrar el perdón es una forma de poder, un perverso mecanismo de manipulación.

Las religiones Abrahámicas buscan generar la culpa en sus creyentes, cuantas veces hemos oído “él sufrió y murió por nosotros” o “hemos nacido con el pecado original”, nos tratan de cargar con culpas, que son ajenas y los hechos que la generaron están perdidos en el tiempo.

La culpa es inútil y necesariamente hay que erradicarla, lo que sirve es el accionar conciente para hacer las cosas según un sano criterio, o mejor dicho según nuestra propia ética.

El otro protagonista de la pareja nefasta, el miedo, es el arma de los débiles y el escudo de los pobres de corazón, que engendran un mundo pasivo, sin verdaderas emociones, aquellas que elevan el espíritu y enaltecen a la razón.

Me pregunto cómo hoy pueden existir doctrinas religiosas que inculquen el “Temor a Dios” o que amenacen con un castigo atormentador nuestros pecaminosos actos, que muchas veces son solo diferentes enfoques de la vida.

Es triste ver cuánto aterra lo nuevo, lo extraño o lo poco común, una sociedad llena de temores para aceptar y tratar de comprender tiende indefectiblemente a estancarse, pues el progreso se gesta a partir de la incorporación de conceptos novedosos.

El Dios dual

Por la culpa nos manipulan y por el miedo nos dominan.

La pregunta quizás haya que formularla mejor, está orientada a aquellos que manifiestan no tener fe religiosa, ¿Qué es más razonable? ¿Elegir vivir en la duda metafísica permanente o negar el concepto dios?, entendiéndolo a éste como el representante de cualquier autoritarismo ideológico con tinte mágico.

Dios o cualquier concepto sobrenatural en general gozan de la imposibilidad de una demostración lógica de su existencia o inexistencia, además de carecer de definición categórica. Esta característica lleva a plantear nuevas preguntas ¿Por qué la existencia de dios es digna de ser considerada como posible? ¿Cuál es el sentido práctico de una incertidumbre perpetua? ¿Qué hace temer negar a dios? ¿Qué se pierde negándolo?

¿Con qué criterio seleccionamos cuáles manifestaciones irracionales pesan más si no poseemos fe religiosa?

Los seres humanos estamos dotados de imaginación, ella es capaz de transportarnos a realidades inverosímiles, a creer que podemos definir la perfección, esto nos da una sensación de infinito o de conexión divina, pero nos limita nuestra experiencia, mientras mayor sea ésta, más infinito será nuestro infinito, más complejas serán nuestras fantasías para competir con la razón. De todas las creaciones de la mente, dios es la obra maestra, el representante indefinible del absoluto, cuya existencia es validada por la creencia religiosa, la fe le da certeza al que la posee y esta se reafirma en sí misma, transformando lo mágico en real.

¿Por qué hay quienes se manifiestan no creyentes y ponen a dios a la cabeza de su lista de imposibles tal vez posibles, mientras descartan de raíz otros supuestos del imaginario popular?

¿Si no tengo fe por qué dudar en ser Ateo?

Veamos la validez de algunos argumentos de no creyentes para dudar de que dios no exista y resistirse a sentirse ateos.

- Porque la fe es real: lo cual es cierto, mucha gente ha sacrificado su vida y ha matado por este sentimiento, pero su existencia no valida nada. Que exista el amor no quiere decir que uno sea amado, que exista la fe no implica que haya un dios. Son aspectos íntimos que no tienen por qué tener correlato con lo externo.

- Por amor a la verdad, por miedo a fallarle a la lógica: parece aceptable, pero esto impide a quien ejerce la duda de tipo universal hacer un ranking de irracionalidades. Entonces todo debería ser pensado como posible sin escala de valores, duendes, fantasmas, hadas, extraterrestres, Jehová... ¿Cómo tomar decisiones si todos los postulados fantásticos y no falsables merecen ser tenidos en cuenta porque no se puede demostrar que son falsos? Nos quedarían dos opciones: por lo sensible como parámetro para guiarnos, es decir que finalmente terminamos siendo poco lógicos y fallándole a la verdad, o lo pragmático y actuamos como ateos.

- Porque implicaría una consecuencia negativa: no la he encontrado. Negar lo sobrenatural por falta de evidencia es tomar postura para actuar coherentemente, como lo hacemos con otros aspectos de la vida práctica sin miedos ni culpas, también implica la posibilidad de equivocarse y la responsabilidad de tener que reconocer el error para volver a empezar, hasta ahora recorriendo la

historia de la humanidad parece no haber motivo real para tener fe o creencia en lo divino. Los que no tenemos creencia religiosa, es decir la capacidad de asumir algo inmanifestable e incognoscible como real, y vivimos bajo criterios racionales, no deseamos tenerla, no nos sentimos incompletos, sino todo lo contrario: estamos complacidos de nuestra independencia y de nuestra libertad de definirnos a viva voz como ateos.

Tolerancia atea

Las creencias basadas en dogmatismos tradicionales suelen gozar de un excesivo respeto, generando asimetría con respecto al ateo, el cual por su simple existir suele resultar ofensivo.

Según la Real Academia Española, Tolerar es respetar las ideas, creencias o prácticas de los demás cuando son diferentes o contrarias a las propias. Podemos ver que a la idea se la personifica, se le dan derechos como si se tratara de un individuo, atributos que en su propia definición no están contenidos. Esto, quizás, es una herencia de la Ilustración que sobrevaloró a la idea, a veces poniéndola por encima de la vida. Para un racionalista “tolerar” debería ser: respetar a las personas con ideas, creencias o prácticas diferentes o contrarias a las propias.

Si ataco una idea, es decir que por medio de la razón la analizo, la persona generadora o expositora de la misma no debería sentirse ofendida, si las ideas se respetan se vuelven dogmáticas. Respetemos a las personas. Si el ataque a una idea, ya sea científica, filosófica o religiosa, es ofensivo, entonces quiere decir que ese abstracto se transformó en un tumor, que cuando queremos tocar o remover se vuelve doloroso.

El ateo humanista funda sus valores sobre fuertes pilares, como La Libertad, que es una invitación a cuestionar, para no estar atado a voluntades e ideas ajenas y propias; la Tolerancia que sólo se aplica a los individuos, las ideas no se deben tolerar, se deben analizar; La Razón con la cual atacamos las ideas, y si ellas soportan el embate serán bienvenidas, porque ese es nuestro método para investigar y tender a la Verdad.

Los ateos no debemos ser sumisos y callar ante los planteos irracionales conducentes al autoritarismo ideológico, creo que no hay que respetar ninguna línea de pensamiento o ideología, no debemos tener miramientos o deferencia a la hora de criticarlas, sino no seríamos libres, estaríamos reprimiendo la Razón, y traicionando el principio de Igualdad, porque las ideas de todos los hombres deben poder ser expresadas, confrontadas y sometidas a investigación para que nadie se sienta dueño de la Verdad y nuestra Libertad peligre. Quien se ofende por ser cuestionado está ofendiendo por no aceptar lo diferente.

El ateo, al no poseer un sentido de trascendencia divino, entiende que no tiene un propósito o misión prefijado ni individualmente ni colectivamente. Por eso no acepta un plan maestro que dé un sentido místico a los éxitos y fracasos. Esta actitud aparentemente generaría un vacío, provocando una angustia existencial. Pero también puede esta postura ponernos en el lugar de ser los protagonistas de nuestra realidad y los únicos responsables de nuestros actos. El bien y el mal están lejos de ser lo que nos conduce al paraíso o al infierno, se transforman en convencionalismos humanos, con lo cual el comportamiento del individuo quedaría supeditado al dominio íntimo de cada uno. Cada persona que estuviera convencida de esta hipótesis inicial, libremente elegiría si sus acciones, para lograr sus metas, son adecuadas según le importe dañar o beneficiar a su prójimo, es decir si considera o no que sus objetivos son más importantes que el bienestar de los que componen su entorno, con lo cual tendría que pesar sus afectos contra los efectos y las sanciones sociales que sus actos pueden acarrear.

Siguiendo con la línea de pensamiento del párrafo anterior la ética atea humanista en vez de estar formada por preceptos divinos, estaría compuesta de estructuras racionales ensambladas para la coexistencia pacífica de los individuos, y sería consecuencia de la evolución de una sociedad que pretende perdurar en el tiempo.

El destino no existiría, sino que el devenir sería una consecuencia de los actos provocados por cada hombre generando su proyecto de vida, combinado con el azar, entendiendo este último como aquellos acontecimientos regidos por tantas variables que nos resultan imposibles de predecir.

El propósito de la vida

Al no haber trascendencia espiritual, ni una escala de méritos para alcanzarla, nuestro desarrollo como persona está limitado al periodo comprendido entre el nacimiento y la muerte. Si toda la sociedad adoptara esta postura y esto acarrearía como resultado el caos, entonces la naturaleza del hombre sería destructiva, podríamos concluir que sin un mecanismo primitivo de premios y castigos seríamos despreciables. También puede suceder que se comprenda que la vida es lo más valioso que tenemos y se genere una cultura que la ponga como el valor que está por encima de cualquier bien o idea.

Personalmente apuesto a que un mundo ateo, libre pensador y libre en sentir sería un mundo más pleno y más pacífico.

Al parecer los humanos tenemos la tendencia a extrapolar comportamientos observables en la naturaleza y estudiados por la ciencia al ámbito metafísico. En la naturaleza los sistemas tienden a estar en estado de reposo o de mínima energía. Dogmáticamente en distintas culturas se ha establecido que algo tan subjetivo y humano como la justicia tiene un comportamiento similar, hay quienes creen que existe un equilibrio entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto (siempre a la medida de la conveniencia particular de cada individuo), que conservarlo es incumbencia de dios o que es una ley universal. Pensar en términos de merecer (en el sentido moral) lo que nos sucede, es ignorar las consecuencias de nuestras acciones y el azar, es lanzarnos al conformismo fatalista. Mucho de lo que nos ocurre tiene relación con nuestras decisiones o comportamiento, pero existe una componente muy importante que es producto de las innumerables variables que no podemos controlar en la complejidad de la vida y del universo que nos rodea.

El convencimiento de que uno siempre merece lo que le ocurre en la vida, sea por sus buenas acciones o por las malas, conduce a una actitud pasiva, que nos arrastra a estar desprevenidos de los inesperados desafíos del existir.

Siendo adogmáticos prescindimos de la pregunta ¿merezco lo que me pasa?, y así podremos reflexionar libremente acerca de cómo potenciar los beneficios y minimizar los daños de los eventos inesperados, estaremos en estado de alerta, descreídos de que nuestro concepto de justicia sea universal, por lo tanto liberados de la angustia de rendir cuentas permanentes a jueces invisibles y obedecer leyes ambiguas.

¿Justicia Divina?

Un rebelde es quien opone resistencia a la autoridad, es decir que cuestiona al poder que tiene el control, sea éste una persona, una organización o un concepto. En principio puede parecer algo perjudicial para el desempeño del individuo y su entorno, pero ya veremos la utilidad progresista que puede tener esta postura apropiadamente encausada. Cuando incorpora el aspecto constructivo sus esfuerzos no son negativos sino que proponen cambios creativos desde las grietas o puntos

ciegos del sistema, buscando generar nuevos movimientos con carácter rizomático, para reinterpretar la realidad y modificarla.

Aquel que vive en estado de rebeldía no acepta sin cuestionar lo que proviene de la tradición, la jerarquía o la verdad revelada, por lo tanto sus valores no se fundan en la obediencia, la resignación, el prejuicio o la moral tabú.

Rebelde

Un rebelde va a obedecer o acatar directivas externas, si y sólo si, los fundamentos del mandato recibido soportan su espíritu crítico, quiere decir que rompe con la obediencia debida. El tamiz racionalista le permite discernir cuáles acciones lo llevarán a encontrar el mejor camino hacia la búsqueda del placer y el bienestar individual y colectivo. El escepticismo es la regla que dirige su conducta, por tanto se destruye y se construye a él mismo, enfrentando sus propios supuestos, dando origen a un sistema de creencias fundado y variable, por ende perfectible.

El rebelde busca validar sus acciones y su saber de modo no autoritario, por eso es por naturaleza racionalista, lo que lo lleva permanentemente a trabajar en el balance de la razón, la emoción y su conducta. Esta cualidad y su pasión por el desafío alimentan el motor de su voluntad, fuerza necesaria para poder resistir la tentación de caer en la comodidad de aceptar sumisamente lo que se impone como realidad establecida.

Los paradigmas aceptados y enquistados en el imaginario popular pasan a ser modelos obsoletos, que ya no son funcionales para lograr los avances que la sociedad requiere, es necesario producir puntos de inflexión revisando lo incuestionable, para subir un nuevo escalón en lo cultural.

Alguien podría pensar que estar rebelado es una postura dogmática, pero la rebeldía justamente es la ruptura del principio de autoridad, y el dogma es autoritario en sí mismo. Dogmático y rebelde son diametralmente opuestos y no tienen punto de encuentro, ni en la más rebuscada elucubración filosófica.

De lo expuesto se infiere que un individuo con las características citadas entiende que la verdad nunca es absoluta, ni es algo que se encuentra, es siempre un proceso de búsqueda que modifica al actor de la misma y lo lleva a sondear caminos más variados, complejos y profundos.

El engaño del oráculo

Desde tiempos remotos, el poder dominante ordenó a los dioses que hablaran a través de su oráculo, para que estos balbucearan “Conócete a ti mismo”. Tal imperativo implica que el ser humano es una creación estática, un producto terminado, y la desdicha sería consecuencia de una falta de introspección o de la incapacidad de mirarnos con el lente del pensamiento hegemónico de turno, en resumen es predestinación fatalista. Es una invitación a la resignación, a girar en redondo buscando morderse la cola. Es una forma de evadir la responsabilidad de cambiar, de adaptarse y de perfeccionarse. Un autismo existencial.

A partir del momento en que nacemos nos empiezan a construir los demás, nos volvemos adultos cuando tomamos las riendas de la obra. Los distintos grupos de poder tanto atávicos como contemporáneos, enquistados en la sociedad, quieren seguir moldeándonos a la funcionalidad del sistema, por lo tanto crear una voluntad firme para resistir es el primer pilar a erigir.

“Constrúyete a ti mismo”, es una invitación a la libertad de ser, de revisarse y reformularse, en base a medir las consecuencias de nuestras acciones y las de los demás, para crear un sistema de

creencias perfectible y adogmático. El ejercicio de elegir el material con el cual construimos implica una búsqueda, una exploración, un constante preguntarse.

Cuando aprendemos en base a experiencia, investigación y pensamiento crítico nos modificamos, se

expanden nuestros límites, se diluyen nuestros prejuicios, nos volvemos creyentes de nuestro potencial y el de los demás.

La vida puede ser pensada como la gran tarea de construir nuestra propia ontología, una existencialista y humanista, para ser felices y brindar felicidad, somos únicamente lo que construimos internamente, que se manifiesta en la intersubjetividad.

Nadie conoce mejor la obra que aquel que la ha cimentado, conocerse a uno mismo es consecuencia de haber trabajado conscientemente en lo que se es.

El ateísmo adogmático es una invitación al ejercicio del pensamiento crítico, a vivir lejos de la comodidad de los supuestos sociales, buscando el marco de validez del conocimiento o simplemente no aceptando sumisamente la autoridad religiosa, tradicionalista, política, mística o pseudocientífica.

Un ateo adogmático no necesariamente es un científico o un epistemólogo, sino alguien que entiende que su propia ignorancia y la del resto de los humanos no justifica el uso del pensamiento mágico como alternativa para explicar lo que no comprendemos. La existencia de explicaciones razonables sirve para refutar las inverosímiles y fantasiosas, pero cuando la razón aún no ha logrado conocimiento validado es bueno tener anticuerpos para dejar la ciencia ficción sólo como entretenimiento literario. Encontrar respuestas simplistas para no reconocer la ignorancia y perder el impulso de búsqueda de la verdad, nos lleva al oscurantismo dogmático.

Creer que la racionalidad es lo único e importante del ser humano es una visión reduccionista y dogmática, tenemos sentimientos de odio, amor, placer, deseo y sentido de la estética, entre otros. Este es un punto muy importante, porque un ateo puede armar su sistema de valores racionalmente, partiendo de un legítimo amor altruista, que quizás lo podemos atribuir a una característica de supervivencia de la especie.

Dentro de lo no estrictamente racional está el sistema de creencias, el ateo cree y muchas veces firmemente, pero no contradiciendo el discurrimiento, no sometiéndose a la verdad revelada, sino sabiendo que existe una probabilidad cierta de ocurrencia o un deseo.

Adogmatismo

Llegar a ser adogmático es un proceso permanente, donde la voluntad debe ser fuerte para no caer en el conformismo, porque vivir rebelado contra el autoritarismo requiere un gran esfuerzo, un trabajo desgastante y muchas veces mal visto socialmente.

El ateo militante suele ser apasionado en el debate, eso no es una manifestación de fanatismo, sino la exultante demostración de que está vivo y siente. Su racionalidad debe actuar en sus argumentaciones y en la evaluación del intercambio de ideas para revisar si su sistema de creencias debe ser modificado.

Un ejercicio necesario para ser ateos adogmáticos, es preguntarse para quien vivimos, con las religiones vivimos para llegar al paraíso, pero a veces vivimos para la fama, el dinero, el poder, la

trascendencia que no disfrutaremos, e hipotecamos nuestra finita existencia en pos de objetivos que no nos llevan a la felicidad.

Disfrutar de la vida y tratar de mejorar el entorno son objetivos primordiales del ateo humanista, es por eso que para satisfacer el deseo, para realizar actitudes placenteras, para gozar en definitiva, apelamos muchas veces a lo irracional, y esto no nos transforma en dogmáticos sino en humanos plenos. Con esto quiero decir que abandonemos los tabúes, las morales dogmáticas por medio de la razón, que el entendimiento lógico guíe nuestras decisiones, pero al momento de entregarnos al disfrute físico-emocional exploremos toda nuestra maravillosa irracionalidad, ejercitemos el libre sentir.

Oración

Tú has surgido de la nada en los momentos más difíciles con tu fuerza creadora.

Tú me ayudas a hacer de mí un ser que quiere ser libre y lucha por romper las cadenas de la opresión.

Tú me acompañas y sostienes mi mano cuando mi pulso tiembla en las decisiones más difíciles.

Tú me ayudaste a levantarme cada vez que de rodillas he caído.

Tú alimentas mi sed de superarme.

Tú no eres obsecuente.

Tú no me cuestionas.

Tú eres testigo y partícipe de mis bajezas y mis triunfos.

A ti te hablo, aunque no pueda verte, para lograr mis metas.

Ante ti estoy desnudo, sin más alternativa que ser quien soy.

Tú has llenado gran parte de mi vida en compañía silenciosa.

Cuando de ti me he olvidado en un pozo oscuro caí.

Eres luz que nace como una chispa ínfima, hasta volverse una gran llama, capaz de incinerar cualquier obstáculo.

Sé de tu existencia, aunque nunca pude verte.

Sé como hacerte grande dentro de mí, pero soy consciente de que te he despreciado cuando a mi puerta has golpeado.

Sé que no soy el único que permite que habites en mi, cada afecto que me rodea es un ladrillo que te contiene entre las paredes de mi ser.

A veces no te encuentro, pero sé que si te busco terminas explotando como un volcán, dándome tu magma, para llevar mis propósitos a cabo.

Cuántas veces te han negado, hasta yo mismo he intentado matarte, son tantas las veces que he dudado de tu poder.

Nunca me has defraudado, mis fracasos se deben a mis errores, o la falta de tu presencia por no saber llamarte.

Estabas presente en la creación de estas líneas uniendo mi intelecto con mis manos.

Estás aquí dejando que dé vida a mis palabras.

Todos pueden ser testigos de tu presencia y de tu ausencia en mis actos, como así también cuando en mí escasea la acción.

Te presento ante los que me rodean para que puedan también hacer uso de ti cuando te necesiten.

Te muestro sin vergüenza porque en ti creo.

Sé que sin mí no existirías y sin ti no soy nada.

Aunque nunca te llamo por tu nombre sé cómo te llamas, tu nombre es VOLUNTAD.

Fernando Esteban Lozada nació el 25 de diciembre de 1973. Es Técnico e Ingeniero Mecánico especializado en Bioingeniería, en esta área ha investigado, producido implantes quirúrgicos y patentado dispositivos médicos. Sus trabajos han sido publicados en revistas y congresos nacionales e internacionales.

Utilizando sus conocimientos desarrolló, junto al otro integrante del Grupo CarneSerVida, un proceso de conservación de tejido orgánico para crear obras de arte. Expuso a nivel nacional e internacional en América, Europa y Asia. En gestión cultural ha sido en varias ocasiones organizador, ponente y panelista de eventos Arte, Ciencia y Tecnología.

Fue miembro fundador de la Asociación para la Difusión del Pensamiento Racional y como tal es coautor del libro *Ciencia y Pseudociencia*, Ed. Martín.

Ateo activista, Director del Congreso Nacional de Ateísmo en la Argentina, en sus tres primeras ediciones y miembro fundador de la Asociación Civil Ateos Mar del Plata. Actualmente su militancia está fuertemente orientada al laicismo, cuyo principal objetivo es la recuperación del Estado laico argentino.